

LA NOVELA
CORTA

20 cts.

LA PRINCESA RUSA
por

COLOMBINE



6

N.º 356
Año VII

**ESTA OTRA NO
LA NOVELA CORTA
DIRECTOR JOSÉ DE URQUÍA**

Madrid 30
Sept. 1922

ADMINISTRACIÓN: MADRID, CALLE DE MONTE, 3. -- APARTADO 59.048. -- TELÉFONO J-624

Roso de Luna, «El mago de Logrosan», famoso autor de las Maravillas, es una de las figuras más interesantes de la España intelectual contemporánea. Su condición de narrador ameno y excelente, que tanta popularidad le han conquistado como teósofo-poeta, nos invita a contarle, a partir de la semana próxima, entre nuestros más ilustres colaboradores, seguros de que el lector habrá de agradecerémoslo, pues **Roso de Luna**, por su talento, por su originalidad, sabrá hondamente interesarnos, ya que él no es un novelista más...



El próximo sábado publicaremos de tan ilustre autor,
El Caballero de la Luz Astral

20 cts.

749019
1102

LA PRINCESA RUSA

NOVELA INÉDITA

R-4676-A

Carmen de Burgos (Colombine)

(ILUSTRACIONES DE BRADLEY)

I



Se iban extinguiendo poco a poco los ruidos de la gran ciudad como si se adormeciera en la noche. Ya había cesado el estruendo de tranvías, de coches, de voces, que subían hasta aquel último piso de la calle de Fuencarral, donde trabajaba Enrique, con la ventana abierta, aprovechando la soledad tan deleitosa, de sentirse el único morador de su casa, cuando a favor del verano enviaba fuera a la mujer y a las hijas.

Las amaba mucho, pero no podía evitar un suspiro de satisfacción al verlas irse, con los baúles, maletas y sombreroas, donde llevaban las galas que iban a lucir en la provincia, en la que deslumbraban

con su elegancia, merced al ahorro y al trabajo, conque pacientemente habían laborado todo el invierno.

La verdad era que aquel año Enrique obedecía a la necesidad de la costumbre para quedarse solo. No tenía los alicientes de otros años, en los que lo aprisionaba una pasión; o bien la embriaguez de sentirse soltero le hacía emprender locas aventuras fáciles.

Su curiosidad de novelista, su imaginación creadora, vestía de gracia y de idealidad a las mujeres de la calle, a las mozas de la vecindad. Noche hubo en que subió hasta la Glorieta de Bilbao para ayudar a llenar el cántaro a una linda criadita. Le hubiera costado trabajo saber cuantas mujeres habían figurado, uno de esos veranos, en sus aventuras; pero no se tomaba el trabajo de recordárselas. Las reunía a todas en una sola figura, que acariciaba con agradecimiento y algo de piedad, que le inspiraban siempre las mujeres. Per eso las trataba a todas como grandes señoras. Sabía oír con paciencia esas confidencias en que las mujeres gustaban de poner al descubierto sus llagas y sus dolores, como si quisieran sincerarse. Procuraba no dejar un dolor en ellas. Aparte las grandes pasiones que había inspirado toda su vida fué frívola, ligera, vivida hacia lo externo, en novela sentimental.

Estaba siempre enamorado de dos o tres a un tiempo. Lo seducía la francesa rubia por su docilidad de concedora de la vida, que se acopla a la pareja de ocasión, su barniz literario y sus piernas largas.

Amaba a aquella otra artista morena, la de los bellos brazos mórbidos y plateados por su esquizofrenia.

Compadecía amorosamente a la muchachita menudilla, de grandes ojos ansiosos, arrastrada por la imprudencia de la madre hasta la disolución. Hubiera querido poder no prescindir de ninguna, reunir las a todas, conservar la amistad con todas: Blanca, Gloria, María, Rosario...

Su mujercita, doliente y enamorada, parecía una figura arrancada de una novela de Pérez Escribá. Lo sufría todo, en adoración constante del marido, llorando siempre por sus infidelidades y sacrificando a las dos hijas con sus celos, sus enfermedades y sus lágrimas; pero feliz en el fondo con ser la esposa legítima de un hombre tan deseado y tan mimado como su Enrique.

Ella lo admiraba. Debía ser un hombre superior cuando con sus libros mantenía la casa. Vivían del talento de su marido y se daba cuenta de que no era extraño que tuviese apasionadas entre tantas mujeres como lo leían y lo admiraban.

—El no tiene la culpa—solía decirles a sus amigas—, son ellas las que persiguen a los hombres. Está el mundo, con las niñas de ahora,

que ya el mérito de los hombres no está en conquistar, sino en defenderse de ser conquistados.

A veces sorprendía cartas, a raíz de la publicación de una novela, en las que le dirigían a su Enrique declaraciones apasionadas: le enviaban retratos, le hablaban de la belleza que tenían para ofrecerle, y le escribían halagos y mimos:

“No puedo dejar de mirar su retrato y parece que sus ojos me miran—decía una—. ¿Será posible que tenga usted esos ojos tan hermosos y ese cabello tan lindo?”

A veces le daban citas misteriosas, le hablaban mujeres que se rodeaban de secreto, quizás grandes damas, quizás señoras casadas:

“Le tengo encendida la luz a Santa Rita—decía otra—por tal de que me concedas una hora contigo.”

En el fondo, aquello la enorgullecía. Miraba al marido con más arrobamiento, con más respeto. Se sentía envidiada, triunfadora, por ser ella la *dueña* de aquel portento.

“Parece que estoy casada con un tenor o con un torero.” Pensaba con orgullo, al verse tan envidiada.

Pero de algún tiempo a aquella parte gozaba de mayor tranquilidad, Enrique permanecía más tiempo en la casa, donde era siempre el amigo cariñoso y galante de la esposa y de las hijas. No le gustaba salir con ellas, ni llevarlas a ninguna parte, porque le disminuían su figura de buen mozo y conquistador, apareciendo en esposo y padre de familia. Sobre todo siendo ya las hijas tan talluditas, que atraían la atención de los jovencitos y los aficionados a tobilleras. Además, le causaba la mala impresión que les produce a los hombres galantes las represalias que ofrecen en sus hijas; la molestia de ver las miradas de codicia que provoca la única carne que ellos han respetado, como algo inconsistencia y divino. Pero en la intimidad las mimaba, las agasajaba, las llevaba dulces y pasteles todas las noches. Ejercía ese imperio de los padres jóvenes y bellos que conquistan con el cariño la admiración de los hijos.

En el fondo sentía un cansancio invencible.

—Tantas novelas como he hecho para enriquecerme—se decía—tienen la culpa de esto.

No quería confesarse que era un comienzo de decadencia, de vejez, que comenzaba a abrumarlo. El hacía esfuerzos por permanecer joven, no engordar, cuidarse la boca y reír con mesura para no descuñados en las sienes, de sus cabellos *sal y pimienta*, le daban un tono rubio, en vez de gris.

brir la goma rojo-ladrillo que había sustituido a las encías. Andaba con las piernas muy juntas, muy recto, y pensaba que los mechones

Achacaba aquellos estragos a los devaneos, no a los años, y solía decir:

—Todo esto es espuma de castidad.

Lo que más le molestaba era que sus novelas se buscaran menos y que su fama de escritor decreciera, precisamente ahora que tenía más conocimiento de su responsabilidad. Sus novelas, más cerca de la preceptiva, estaban más lejos del público, que se encantaba con las novelas de su juventud, inconcretas, truculentas a veces, pero por cuyas páginas pasaban almas de mujer que dejaban oír palpitaciones muy humanas.

Unas veces achacaba aquello a las modas que influyen en la literatura como en la manera de llevar el frac, y otras se culpaba a sí mismo por entregarse a la desidia y tratar menos mujeres. Las mujeres habían sido siempre sus inspiradoras... pero... estaba cansado.

Se proponía vencer aquel verano las dificultades que hallaba en su labor, sin tener que recurrir a la morfina que representaban para él las mujeres.

Estaba solo, enfrascado en aquella novela que iba a ser su obra maestra, después de acariciar y pulir con tanto cariño el argumento.

Apenas veía a nadie. Se levantaba tarde, tomaba el baño echándose un cubo de agua fría por la cabeza, por carecer de tina para la inmersión. Se frotaba con agua de Colonia, se limpiaba dientes y uñas, se acicalaba y él mismo se hacía el almuerzo; huevos fritos, filetes y la taza de café. Se lo preparaba en el gas, con esa desmaña de los hombres no habituados a cocinar. A veces, la monotonía le quitaba el apetito, pero se sacrificaba para seguir el régimen que se había impuesto.

—¡Quién sabe—decía—si en el fondo de este filete que quiero dejarme está la idea genial!

No era descontentadizo. Recordaba las épocas dichosas de su juventud, que fueron las más pobres. ¡Y entonces era cuando producía más y mejor! ¡Una novela a la semana, sin molestarse en pensar, apenas! ¡Aquellas novelas que hicieron la fortuna de... a quien se las vendía por un plato de lentejas!

El rato que salía por la tarde era el que aprovechaba la asistente para limpiarle el cuarto y dejarle la cena hecha.

Daba un suspiro de satisfacción al volver y hallarlo todo arreglado.

—La vieja bruja me cuida bien—se decía con una sonrisa, pensando en lo desconcertada que debía estar la pobre mujer de no hallar horquillas y vestigios femeninos en la casa aquel año.

Trabajaba cerca del balcón, tranquilo y feliz, en pijama y zapatillas, con su cafetera al lado y su cigarrera bien provista. No tenía



más preocupación que su novela, y trabajaba en ella hasta que las ventanas se llenaban de ese azul cobalto del cielo del amanecer. Entonces iba a acostarse, sorbía su par de huevos, aunque fuese sin gana, porque Víctor Hugo los tomaba así, siempre con la preocupación de alimentar el cerebro.

No pensaba en mujeres. Estaba desconocido. El lo achacaba al miedo que tenía de verse envuelto en los dramas pasionales, que lo habían perseguido, ya que no tenía quien le llorase o quien le amenazara como aquella enlutada que se empeñó en vitriolarlo. Empezaba a pensar que las mujeres dan más disgustos que placer.

Y de pronto venían aquellas cartas femeninas a inquietarlo y provocar su curiosidad.

No eran las cartas de papeles exquisitos, coquetas y perfumadas, que estaba acostumbrado a recibir. Eran unas cartas escritas en papel de comercio, ligeramente rayado, con una letra picudita, aristocrática, pero que acusaba que no era joven la que escribía, porque su letra era la precursora de la generación de mujeres de veinte a treinta años, que tienen todas la letra de las Ursulinas. Esta era más menuda, menos robusta en los largos trazos, pero más firme en todo, más igual.

La que escribía debía ser una mujer de cierta edad, bastante instruida y de un estilo ameno aunque un poco forzado.

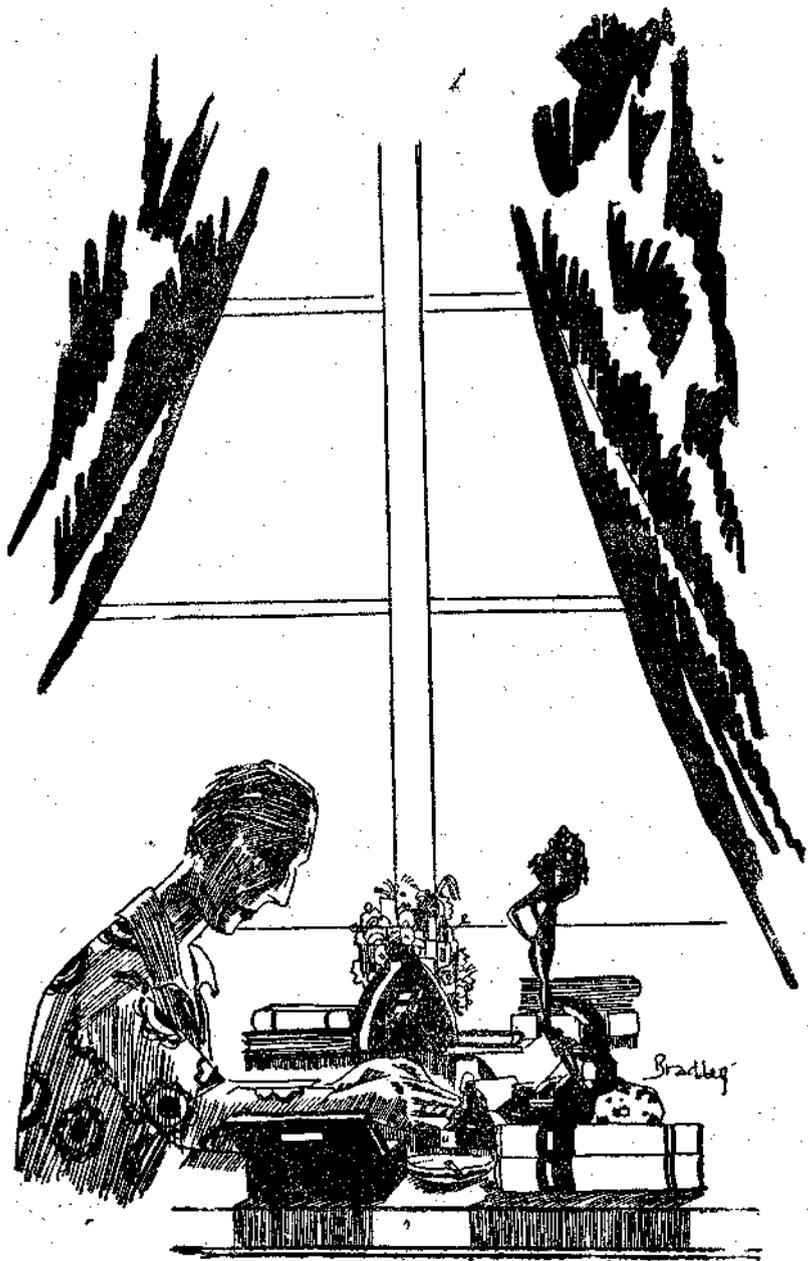
Al ver la primera carta, tan larga, dudó en leerla. Pero tenía el encanto irresistible de una carta de mujer.

Era una carta extraña. No se trataba de la aventura galante, de la cita, más o menos romántica, a que estaba acostumbrado.

Le escribía una dama algo madura, que se expresaba en un estilo bilingüe, mal español y mal francés, disculpándose con estar educada en Inglaterra y con sus continuos viajes, que le hacían hablar en idiomas variados. Esta señora tenía bajo su guarda y protección una joven Princesa. Una Princesita de cuento de hadas. Era nada menos que una auténtica princesa rusa, que, huérfana y arruinada por la guerra, había logrado escapar de su país, si bien escondida y perseguida por el amor furtivo de un político viejo. La princesa deseaba ganar su vida como artista, ya que su gran belleza, perfecta y escultural, de ojos oblicuos, con un original sello trágico, le aseguraban el éxito.

Sabían que Enrique había de ir a América, donde se ocuparía de conferencias y de asuntos teatrales, y querían ponerse bajo su protección y ofrecerle la buena fortuna de que fuese el empresario de la princesa Natcha.

El cebo estaba bien presentado. En el fondo de todo aquello, el hombre galante veía la figura de una mujer bella, princesa o no, cuyo



misterio sería sabroso descifrar. El artista además entreveía la posibilidad de una ocasión de revelarse, de llamar poderosamente la atención hacia sí. La extraordinaria figura de D'Annunzio, que a tantos ha vuelto locos, se le aparecía como un ejemplo.

—¿Acaso sin la Duse, sin la Rubenstein, hubiese llegado a la cumbre de la fama?

Se entabló una correspondencia entre el novelista y Madame Marques, que no ocultaba su domicilio, en una sencilla casa del barrio de Chamberí.

Llegó a interesarse por el enigma de aquellas cartas tan llenas de contradicciones, que solía perderse entre ellas sin acertar a descifrarlas.

—Lo mejor sería mandar todas estas inquietudes de paseo—se solía decir.

Pero las figuras de dos mujeres hermosas hacían variar su decisión.

Madame Marques, que quería editar unas memorias con el título de *El Libro Azul... de...* no lo seducía mucho. El aparecer como escritora no era una recomendación, aunque ella le aseguraba que, “sin tener los veintitrés años de Natcha, era aún joven y seductora”.

Pero Natcha debía ser una preciosidad. Se la había descrito varias veces. Le aseguraba que no necesitaba más que hacer dos movimientos de sus divinos brazos blancos y bajar una escalera para que el público la saludase entusiasmado con “*Un Ave, Natcha*”, como lo habían hecho periodistas en plena Opera, en París: “La recibieron en sesión privada—le escribía—. Su madrina, dama eminente, por capricho, dispuso que figurase en la representación de Safo, con joyas estupendas, suyas, a lo que accedió gustosa la dirección, lo que valió a Natcha dijese de ella la Prensa en masa “que era la revelación del año”.

Otras veces le escribía:

“Si no tiene usted la retina acostumbrada al tipo de *cara de sable* de los pintores españoles modernos se encantará de la carita redonda de Natcha, la naricilla corta, las facciones aniñadas y graciosas. En el conjunto es muy mona, con su cabecita chica, largo cuello y líneas armoniosas de ninfa, que existe en el Museo Vaticano. Tiene además *algo* muy suyo, unos movimientos naturales lindísimos y *chic á en revendre*.”

Por nada del mundo hubiera querido él dejar de ver el prodigio. La sensualidad que se escapaba de la descripción le hacía no fijarse en lo insólito de la situación de la joven princesa, protegida por aquella dama, sola y pobre, aunque a lo mejor aparecía en los relatos una madrina poderosa, o una tía rica. Era una princesa que se ocul-

taba de un perseguidor poderoso y que quería exhibirse en un teatro.

“Tiene para la escena—le escribía—una riqueza maravillosa en trajes tártaros, mogoles y persas; posee, entre otras maravillas, el traje último que vistió en la corte la desdichada Zarina, y la túnica auténtica que era la seducción de Rasputín, con la gran cruz y el rosario de cinco metros.”

A pesar de la influencia que la figura de la princesa rusa ejercía en su ánimo el buen juicio de Enrique racionaba contra todo aquel cúmulo de cosas absurdas o extraordinarias.

Siempre en todas las cartas se le ponía una cortapisa a la galantería.

“Natcha ignora todo flirt, toda coquetería, aquí innata en la española, que, aun sin darse cuenta, los solivianta a ustedes, halagada de ello. Natcha tiene ideas especiales suyas, que yo comparto, sobre el “amor”, que, a nuestro ver, *est la peu de tout* con la posesión. “Animalismo”, como ella, con mucha gracia, pregona. Está en plena lucha y con estas ideas negativas, sólo propicia a *castidad*, que ella prueba es *científica*. Rendirle corte apasionada sería *nonseuse* propio de un habitante de... la Patagonia, en el país de la fidalguía.”

¿Eran un aliciente más hábilmente estudiado aquellas dificultades?

A veces le parecían sinceras, cuando le escribía:

“No piense usted, admirado maestrillo, en *macho*, nuestra virtud no depende de la religión ni por el comodín de conveniencias establecido... sino por lógica pura, por la santa Belleza y la santa Poesía, nuestras fervientes devociones y razones de existir; somos demasiado idealistas para caer en posturas horrendas o en el amor, temiendo un gesto anti-estético. En resumen, *un apetito feo* del montón de la reata... fi... fi... fi!! Abstención se impone. Ya comprenderá el interesante hombre que es usted, que comulgamos en sus ideas de Belleza y Poesía, con el Arte y su sacro fuego”.

Mucho le parecía abusar del sacro fuego, del Arte y de las grandes frases, pero era sensible al elogio al fin y al cabo. Le encabezaba las cartas “Gentilismo maestro”, le llamaba encantador, original *Mosca blanca en España*, y hasta le adulaba el amor propio.

“Suponemos ambas que usted, joven, guapo y *talenteux*, debe *avoir des femmes por dessus la tete*, que harán cola *a votre porte*, Nosotras tenemos miedo porque aquí las *femmes sont* ultra celosas *et des estridences sont* siempre temibles”.

Se perdía en conjeturas cada vez más. Todo el afán de Madame Marques era que la creyese distinguida, para eso hablaba siempre mal de España y de las otras mujeres.

“La mujer española está muy lejos de parecerse a Natcha—de-

cía—. Sobre todo en la clase media, que yo califico de gentecilla, se educa a la mujer (aquí una frase del boulevard... Montmartre) *ne comme je te pousse*, lo que hace de ella un dechado de todas las imperfecciones. En cambio a las aristócratas, que han recibido educación exquisita, lo primero que se nos inculca es el *self-control*, el *self-dominian*, que es fuerza, seguridad, independencia. Natcha es así, personalidad extraordinaria, bastándose a sí misma, cuya filosofía serena asombra y por eso he aceptado yo esta empresa hidalga, que de tratarse de una española rechazaría.”

Parecía que adivinaba el gesto de mal humor de Enrique, porque añadía:

“Le supongo a usted susceptible de leer verdades sin que su patriotismo se exaspera, como sería el caso, sin duda, de alguno de los muchos *tuertos eminentes* (frase mía que dicen acertada), que forman aquí lo que se llama en todas partes *l'Elite*, palabra que no sé traducir”.

Para salir de aquellas dudas, Enrique insistía en ver a la princesa. Su imaginación de novelista y su gran talento le sugerían cartas románticas, espirituales. No veía en Natcha a la mujer, sino a la encarnación de la Belleza, el Arte hecho carne. Adoraba en ella a la mujer superior, los brazos blancos, los movimientos rítmicos, los ojos oblicuos, el traje tártaro y el rosario de Rasputín. Pero quería verla... verla a todo trance.

Madame Marques se defendía. Para una joven venida de la Siberia, el verano de Madrid era una cosa atroz; se había ido a tomar el fresco. Unas veces estaba en Toledo, otras había ido al Escorial a ver a unos anticuarios para vender unos Grecos que su tía guardaba en Niza. No había medio de desenredar aquella maraña.

Entonces Enrique echó mano a un subterfugio. Escribió a Madame Marques que ya tenía el contrato dispuesto y necesitaba ver a Natcha para firmarlo. No podía demorarse sin perder la ocasión.

Aquella noche, al volver a su casa, encontró una de las largas cartas de Madame Marques: Natcha consentía en verlo.

Sentía Enrique palparle el corazón como cuando le anunciaban una cita en los días de entusiasmo de su primera juventud. ¡Natcha existía! (Había dudado hasta de eso.) ¡Iba a verla!

Poco a poco, pasado el primer raptó de entusiasmo, se iba fijando en lo anómalo de la carta.

“Por ser gentil para usted he tomado *sobre mí* que vea usted a Natcha en esta pobre habitación provisional cuya ama es un viuda joven (que creo torea; ¡chitón!), pero este país es así. Fachada de virtud. Todo mentira. Yo mandaré a Natcha a su casa, que será *chorming*, como usted es *chorming* y original, pero tendría que ir

con *toilette de Ville* y con dicha *tenne*, no es en absoluto la misma que con sus trajes de escena, lo que hace que sólo se la pueda juzgar con éstos.

“Así, lo mejor es que venga usted el viernes próximo, a las *nueve de la noche*. Lo esperará a usted “ella” y como yo tengo que hacer a dicha hora, los dejaré solos, cosa que celebré, porque así ustedes podrán explicarse sin tercero delante.

“A ella le cuesta mucho consentir en que la vean, de no ser para firmar contrato”.

Ya se llenaban de luz azul los ventanales, con aspecto de lienzos preparados para pintar, y aun seguía Enrique dando vueltas entre sus manos a la carta, sin poder contestarse a las dudas que lo obsesionaban.

—¿Cómo esta princesa tan recatada consiente en recibirme a solas? ¿Por qué se marcha su austera acompañante?

¿Cómo esta mujer que se pinta tan distinguida y aristocrática, con su jerga polilingüe, dice de pronto estas chulerías de que el *ama* de la casa *torea*, y otras por el estilo?

Quería desechar la preocupación, diciéndose que siempre, en el fondo de aquel enredo, habría una muchacha bonita con quien pasar el rato; pero la ilusión de arte había arraigado en él a través de aquellas semanas de correspondencia. Natcha vivía ya en su espíritu y temía verla desvanecerse con sus movimientos rítmicos, sus brazos blancos, su cuerpo escultural, su carita de ojos oblicuos, y todo el tesoro de trajes tártaros, de vestidos de la Zarina... y hasta con el rosario de cinco metros y la túnica de Rasputín.

II

Le complacía sentir dentro de su corazón aquel temblor, aquella emoción que hacía tiempo se esforzaba en sentir en vano cuando se acercaba a una mujer. No queriendo confesarse su decadencia, les echaba la culpa a ellas.

—Antes sufría uno las incertidumbres de la conquista—decía—. La duda de si las conseguiría o no. Había tiempo de sentir el deseo. Ahora son tan fáciles que no tienen interés.

Por eso aquella mujer excepcional, admirable, llena de dificultades, era un tónico tan fuerte que hacía palpitár su corazón.

Subió la empinada y sucia escalera y se detuvo ante una de esas puertas de madera, cuadradas, lustradas de grasa y agujereadas por la carcoma.

Llamó con un discreto tirón de la cadena de la campanilla, y acto seguido la puerta se abrió como si la empujase el viento.

Una mujer alta, morena, de grandes ojos negros, se alejaba por el fondo del pasillo, después de haber abierto. Se quitó el sombrero, desconcertado, sin saber si debía preguntar por la princesa o por Madame Marques.

La señora se había detenido; era hermosa y le hubiera llamado la atención poderosamente a no estar tan obsesionado por la imagen de la princesa.

Una voz nasal, desagradable, con un forzado acento extranjero, se dejó oír en la habitación contigua.

--Pase, caballero.

Empujó la puertecita y se encontró en una estancia de techo y paredes cubiertos de telas de colores que le daban un aspecto de tra-pería. En el fondo, ocupando casi toda la pequeña habitación, la cama, cubierta también de telas y almohadones, alumbrada desde el fondo por la luz tenue de una bombilla eléctrica, bajo pantalla roja.

De pie cerca de la cama había una mujer vestida de negro, con un gran sombrero y espeso velo, que impedía verle bien el rostro.

—¡Oh, amigo ymaestrito admirado!—exclamó—. Soy feliz de verlo aquí a *mon cote*.

Era Madame Marques. Se inclinó para besarle galante la mano mientras sus ojos buscaban con avidez a Natcha. La dama notó su impaciencia.

—Va a salir—dijo—. Se está vistiendo. Si usted quisiera hacer el favor de pasar aquí mientras.

Levantó la tela, que ocultaba una puertecita, y Enrique se encontró en la cocina, una pequeña cocina, que denunciaba el poco uso que de ésta se hacía.

—Perdónenos usted—siguió Madame Marques—. Ya sabrá hacerse cargo de las circunstancias y de lo doloroso que es verse así para gentes de nuestra alcurnia.

La miraba atentamente. Delgada, conservando la silueta, enguantada, no se podían distinguir bien las facciones, ni saber si era una joven o una mujer de edad. El no encontraba qué decir. Por primera vez en su vida estaba desconcertado.

—Me tengo que ir—siguió Madame Marques—. Dentro de un momento oírás usted el timbre y podrá volver a nuestro gabinete, donde verá a Natcha... Le hará impresión... Pero usted es hombre de mundo... correcto...

—Señora...

—Ni una palabra más. Ya tendremos ocasiones de departir largamente.

Saludó con una perfecta distinción, de mujer de gran sociedad, habituada a las buenas formas, con esa soltura que no se finge y desapareció.

Diez minutos después sonó el timbre deseado. Enrique se precipitó hacia el pintoresco gabinete.

En el lecho, casi tendida, con el codo apoyado en los almohadones y la cabeza descansando en la mano, había una mujer.

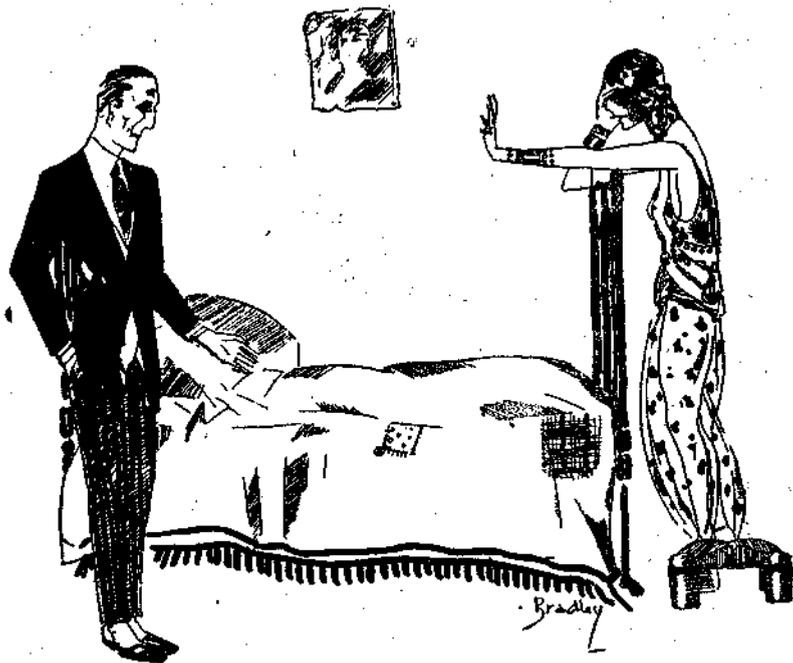
La miró ávidamente.

Estaba vestida con un traje oriental, parecido a las odaliscas, por el pantalón bombacho sujeto al tobillo.

—¡Natcha!... ¡Alteza!

La princesa levantó su largo brazo izquierdo, que descansaba a lo largo de su cuerpo y lo tendió hacia él, como si quisiera contener sus ímpetus.

El divino brazo blanco del gesto triunfador era un brazo escuálido, viejo, que no podía engañar su pericia de *experto* en mujeres, por más que lo levantase, cubriendo la parte externa para dejar ver



sólo la parte de las axilas, donde la carne es más blanca, más satinada, más joven, como el plumón de las alas de las aves.

La mano era una mano perfumada y vieja, por más que la prestaran un aspecto extraño aquellos largos dediles afilados, de metal, puntiagudos, que prolongaban los diez dedos.

—Gracias por haber venido—exclamó la princesa, en la jerga que escribía Madama Marques—. Es mucho atrevimiento de mi parte hacer venir aquí a una eminencia como vos.

El novelista, a fuer de bien educado, moderó el impulso de correr y escaparse de allí, para contestar galante:

—El lugar en donde esté usted, princesa, es siempre un palacio. Suspiró ella, poniendo los ojos en blanco.

—¡Oh! Mis palacios de San Petersburgo y de Moscou. ¿Dónde están mis jardines y mis salones encantados?

Enrique, sin prestar gran atención a sus palabras, aprovechaba la abstracción para contémplarla.

—¿Qué edad tendrá este loro?—se preguntaba.

Ella adelantó el busto, luciendo multitud de joyas raras, flecos y dorados y agitó la cabeza cubierta por una especie de casquete guerrero brillante.

—Estos son los frutos de tener consideración con la canalla... El gobierno de los Zares era demasiado débil, la nobleza rusa demasiado buena, el Zar un Padrecito... Necesitaban ser tratados a latigazos.

El callaba.

—Y aquellos novelistas, ¡qué horror! ¡Qué doctrinas han propalado entre la canalla!... Usted no escribirá así.

—No...

—Eso es desatar las bestias. Son ustedes, los escritores, los asesinos verdaderos... Por ustedes, yo, a quien le hablaban de rodillas los siervos, me veo precisada a firmar un contrato.

—Pero...

—No me diga usted nada. Si lo sé... El Arte es Redentor.

—Y...

—Espere... No es usted un hombre vulgar... no me va usted a hablar de amor.

—Yo...

—Se lo prohibo.

—Es...

—Necesito que usted me vea bien, que me admire... Tenga la bondad de pasar a esa pieza contigua. Quiero que me vea usted vestida como nos vestimos las nobles rusas.

—Está usted encantadora así. No se moleste.

—Quiero, en obsequio a usted, que el traje que me ponga sea el de la desgraciada Zarina, *une travesti* exquisita de ídolo, algo de gran altura.

—Otro día.

—Deseo que me vea usted ahora este *kakoni* que llevo en la cabeza *ne ets pas charmant*. Pase usted ahí otra vez.

Enrique obedeció, se encorvó para pasar por la puertecita que le señalaba y se encontró de nuevo en la cocina. Allí, como en la alco-

ba, no había ninguna silla. Hubiera querido pasearse, pero el espacio reducido no lo permitía; deseaba desaturdirse de aquella pesadilla de la mujer de voz de pedrea, esquelética, extraña.

—¿Qué hay en el fondo de esta aventura inverosímil?—se decía—. Indudablemente, un caso de locura.

La princesa no existía. La mujer que lo había recibido hacía un momento y la que estaba en el lecho vestida de odalisca no eran más que una sola. Madame Marques y la princesa eran una misma persona. No le cabía duda de que aquella mujer representaba un doble papel, pero, ¿qué fin perseguía? ¿Era una loca? ¿Deseaba una aventura galante? ¿Se trataba de una ilusa que creía poder lograr un contrato para exhibirse en el teatro por ese procedimiento?

Se perdía en conjeturas cuando la voz de falsete que intentaba ser distinta de la Madame Marques, se dejó oír:

—Entre, caballero...

Se encontró ante la princesa vestida con un fantástico traje de corte, colocada de pie bajo la bombilla eléctrica, al lado de la cabecera de la cama.

Se detuvo asombrado de tanta ridiculez. Brazos y busto estaban cubiertos con cadenas hechas de crochet de hilillo de oro y cuentas de colores, figurando aljófár unas y piedras preciosas las otras. En los dedos lucían botones como si fuesen sortijas, y en la cabeza una diadema del mismo género.

Su manto de corte estaba hecho con pieles de armiño, que debía ser de modestos conejos blancos a las que cosieran motas de terciopelo negro; su red de malla de oro brillaba con un brillo de tabaco. Todo era trágicamente grotesco, tenía algo de ilusionismo, de exhibición en barracón de feria.

Sentía lástima y rabia. Aquella mujer había creado otra mujer. Había hecho vivir a su Natcha. La princesa existía en su imaginación y le parecía que la habían asesinado para suplantarla. Hasta creía reconocer algunos de aquellos rasgos que acarició en su pensamiento. Aquella espantosa visión tenía los ojos oblicuos, merced a la pintura y a algo que tiraba de sus sienes hacia arriba. Una carita redonda, desecada; unos labios empurpurados, una sombra envolviéndolo todo. Su princesa envuelta en un sudario.

Ella parecía gozarse en el mutismo que tomaba por admiración y respeto. Volvió a levantar el brazo, con el movimiento que creía irresistible y le dijo:

—Dígame cómo me encuentra.

—Señora...

—Comprendo su emoción. Pero ahora quiero que me vea con otro traje de fantasía.

—Le suplico que no se canse más, alteza.

—Es preciso.

Comprendió que tenía que resignarse a ver todo el guardarropa sobre el poco atractivo maniquí. Era una penitencia por las ilusiones que podía haber alimentado. Era mejor afrontar la situación, revisitiéndose de paciencia, no exenta de ironía. Hizo una inclinación respetuosa y volvió a pasar la puertecilla, dando un suspiro y murmurando:

—¡La Puerta Estrecha!

Cuando volvió la princesa estaba aviada con un traje a la española, y tocada con un sombrero calañés.

—Es el traje de Lola Montes. Un homenaje que he querido rendir a España, interpretando el tipo de sus mujeres.

El ya había tomado su partido:

—¡Magnífico!

—No crea que es raro que nosotras las rusas, podamos apoderarnos del alma de las españolas. Entre los dos pueblos debe existir un lazo étnico ignorado. Nos parecemos en el tipo, en el acento, en el carácter...

—Es cierto...

—Pero diferimos en la educación. España está más atrasada. No se ofenda...

—Yo...

—Tenga la bondad de salir; me verá en otro traje.

Esta vez estaba deslumbrante. Una red de tisú hecha con papeles de bombones la envolvía. Aparecía completamente cubierta de collares de abalorios y cuentas de colores y la cabeza cubierta con una especie de corona bizantina, policroma y brillante.

—Este traje es de la mujer del Cáucaso... Una novia montañesa... Se visten así las mujeres más bellas de la tierra, que nacen en esta región, de la que yo soy oriunda.

—¡Ya se conoce!

—En este pueblo todo está supeditado a la cultura física de la mujer. Desde que nace la niña se la cuida para que sea bonita, se la unge, se la perfuma, se la educa... a fin de poderla vender cara. Son las madres de todos los sultanes y príncipes de Oriente.

—¡Maravilloso!

—Pero todavía quiero que me vea usted en otra *tenne*.

—No se moleste más por Dios, Princesa.

—¿Está usted cansado?

—¡Cómo puede pensar eso!

—Entonces espere aun un momento... Es la última por esta noche... No se arrepentirá.

Enrique volvió a entrar en la cocina y se apoyó contra la pared.
—¡Veremos qué hace ahora! Si se me presenta desnuda echo a correr. Y sin embargo, quisiera salir de esto sin ofenderla.

Sentía cierto respeto por la grandeza que había en la obsesión de aquella mujer queriendo hacer posible el caso de duplicidad de la doble personalidad, del esfuerzo para crear en sí misma otra mujer, joven, bella, triunfadora.

La imaginación del novelista se fundía en ese ensueño. Comprendía el deseo de hacer vivir su pasado, el recuerdo de su juventud, la mujer bonita y adulada de la época de su juventud, que sentía madame Marques.

Y lo que había de grande, de sorprendente en ese deseo es que no era una idea tímida, sino que tenía en ella tales raíces, tal certidumbre, que quería imponerla, hacerla llegar a los públicos.

Convencido de que no era una mujer galante, la veía respetable por la alteza que existía en el fondo de su anhelo y de su monomanía.

Hasta él mismo tenía ya momentos en que se sentía obsesionado, por su gran imaginación. Le parecía estar entre bastidores, viendo representar una de esas obras de teatro antiguo, en las que la protagonista, sin ser conocida de los otros personajes, representa un doble papel.

En algunos instantes, mientras esperaba de pie en la pobre cocina, creía que el milagro iba a realizarse, y que al volver a entrar en el gabinete encontraría a Natcha con madame Marques.

Tan abstraído estaba que la Princesa tuvo que llamarlo dos veces.

La vió cubierta con un manto negro, brillante, encapuchada. Era una especie de dominó adornado con piel de cabra figurando la piel de mono.

—Me va usted a ver ahora con un traje histórico, con un traje que está llamado a figurar en un museo. El traje auténtico de Rasputín.

Dejó caer su manto, con un movimiento elegante y apareció con una túnica de seda, llena de bordados de cuentas, como si fuesen geoglíficos egipcios. Sobre su pecho, y prolongándose hasta más abajo de las rodillas, una gran cruz azul y plata. Liado a la cintura el famoso rosario de cinco metros, de cuentas grandes como nueces, desiguales y de una extraña policromía.

Enrique admiraba sinceramente la fantasía de aquella mujer.

—¡Oh! ¡Si usted pudiera comprender qué emoción siento al cubrir mi cuerpo con estas vestiduras! Verdaderamente Rasputín era un hombre excepcional. Ha sido funesto para Rusia pero yo no puedo borrar de mi imaginación aquella figura de ojos alucinantes, rodeado

de toda una corte de fanáticos arrebatados por su influjo. Parecía un nuevo Cristo, pero un Cristo al que seguía la muchedumbre aristocrática, en vez de una multitud de pescadores y miserables.

Se detuvo y como Enrique guardara silencio continuó:

—El también sufrió su martirio. Como era inmune para el veneno, lo tuvieron que asesinar a tiros, a golpes, a puñaladas, lo corrieron como a un lobo rabioso... y le sacaron los ojos... ¡Qué horror!

—¿Pero usted lo amaba o lo aborrecía?—preguntó Enrique.

—Lo odia mi inteligencia y mi corazón lo ama. Era grande, extraordinario. Fuese de ángel o de demonio, había en él algo magnífico. No es mentira que el día que murió aparecieran estigmas sangrientos en los altares de los templos.

—¿Llegó usted a tratarlo?—volvió a preguntar Enrique.

—Mucho... como todas las damas de la Corte... pero sentémosnos... No tenemos aquí ni sofás ni divanes... No estamos en mis salones de Petersburgo... Siéntese aquí a mi lado *sur le lit*.

—Estoy bien así.

—Es usted respetuoso *chorming*. Pocos hombres españoles saben tratar así a las grandes damas. ¿Quiere un cigarrillo?

Enrique comprendió que había que ser un poco cínico y aceptar todo aquello.

Se sentó, colocó la caja de cigarrillos y se dispuso a seguir hasta el fin la aventura, ya que no había que temer ninguna complicación galante.

—Rasputín—siguió la princesa—tenía por mí una verdadera predilección. Me distinguía entre todas las damas que lo adoraban. Esto me proporcionó más de un disgusto. La Zarina estaba furiosa... celosa.

—¡Y no tenía usted miedo?

—No. No podía atreverse a nada contra mí. Sabía que el Zar era el más ferviente de mis admiradores.

—Lo comprendo.

—Me llamaba la divina Natcha.

—Como yo.

—No haga que me enfade... Nada de piropos. ¿Ve usted el famoso rosario? es auténtico... Una vez me lo puso para que bailase con él en un baile de Corte... Fué como una consagración de mi arte.

—¿Se dedicaba al arte ya Vuestra Alteza?

—Dejems el tratamiento, amigo mío, suena mal entre estas paredes... Yo lo percibo en su acento sin necesidad de que lo pronuncie... Sí, en Rusia las doncellas nobles aprendíamos el baile, la gimnástica, la música y la declamación. El Colegio Imperial de Baile de Rusia era algo único en el mundo... Déjeme usted que lllore al ver



Bradley

cómo se pierde nuestro arte, nuestros monumentos, nuestros museos, nuestra grandeza.

Enrique no tenía gana de entrar en aquella segunda parte sentimental.

—Si me da usted permiso para retirarme...—dijo poniéndose de pie—yo tendré el honor de volver cuando me indique.

Cambió la expresión de la máscara que aparecía entre los pliegues de la túnica de Rasputín y preguntó con tono airado:

—¿Pero no vamos a firmar el contrato?

—Traigo unas notas pero le confieso, Princesa, que no estoy en éste momento para estas cosas... El Arte... la Belleza... la Realeza... me encadena el respeto...

—Lo comprendo, pero... no se puede perder así la ocasión...

—¿Tiene usted aquí su cédula y sus papeles?

—No... Un viejo Ministro del Zar que ha sido luego de los traidores y los asesinos, ocupa un lugar preferente en el directorio... Quiso provecharse, cogirme prisionera... Escapé... ¡Lo que yo he sufrido!

—No sé si sentirlo, cuando gracias a eso la tenemos a usted en España.

—Sí... mi tía conocía a madame Marques... un espíritu de elección... Una mujer que vale mucho, joven aún, bella...

—¡Admirable!

—Con ella podrá usted firmar el contrato.

—¿Podríamos reunirnos los tres?

—No es necesario... Yo pienso ir a ver a mi tía. Tengo que hacerle entrar en razón, que comprenda que mi altivez me impide vivir a sus expensas. Yo quiero probar que es mentira eso de que los nobles rusos desterrados no sirven más que para camareros y criados, y que valen tanto como los franceses, que supieron hacerse respetar, y ejercer oficios y artes en todas las naciones.

Hizo una transición y continuó:

—Pero no hablemos de esto. Siento que me invade la cólera blanca de mi raza. ¡Que una Princesa de sangre Romanoff, tal vez un día llamada a los más altos destinos, necesite documentos para firmar un simple contrato!

—Es la barbarie de la ley, señora.

—Bien. Entonces mañana puede volver a ver a Madame Marques. Lo esperará a esta misma hora.

Le tendió solemnemente la mano, que él besó murmurando palabras de admiración y respeto, y salió inclinándose tan profundamente, como si estuviese en realidad delante de la Emperatriz de todas las Rusias.

Tan aturdido iba de la extraña aventura que en vez de abrir la puerta de salida empujó la otra puerta del fondo por la que había entrado la hermosa morena que le abrió a su llegada. Se encontró desconcertado frente a ella. La mujer se levantó, sorprendida en su intimidad, con el traje en desorden y los cabellos revueltos. Enrique notó que tenía unos hermosos brazos morenos al aire.

Aquella mujer castiza, española, frescachona, resultaba aún mejor en el contraste, con la momia de la Princesa.

—Perdóneme usted, señora, me he equivocado... quería salir.

—Es por aquí...

Ella avanzó amable para mostrarle la puerta, envolviéndolo al acercarse en un agradable olor de colonia con lilas que se escapaba de su cuerpo, como un perfume natural.

El no se movió. Se le había quitado la prisa. La mujer debía darse cuenta de la impresión que le causaba porque sonreía con una risa entre satisfecha y burlona.

Enrique se acercó más a ella, con su audacia de conquistador y cogiéndole una mano le dijo casi al oído:

—Ahora en vez de irme quisiera quedarme.

—¿Para ver otra vez a la Princesa?—murmuró ella sin rechazarlo.

—Aquí no hay más Princesa que usted. Para adorarla a usted.

—¿Así... tan de repente?

—No se necesita más para ver tanta hermosura... Déjame que me quede...

La tuteaba, la estrechaba entre sus brazos, con toda la audacia que le daba su vida de galantería.

Ella sonreía sin consentir y sin rechazar.

—¿Me quedo?—suplicaba él.

—No estoy sola...—repuso la señora.

—¿Entonces?

—Espérame en la esquina de la calle de Santa Engracia... Yo saldré un momento.

—¿Podremos ir a cenar juntos?

—Eso no.

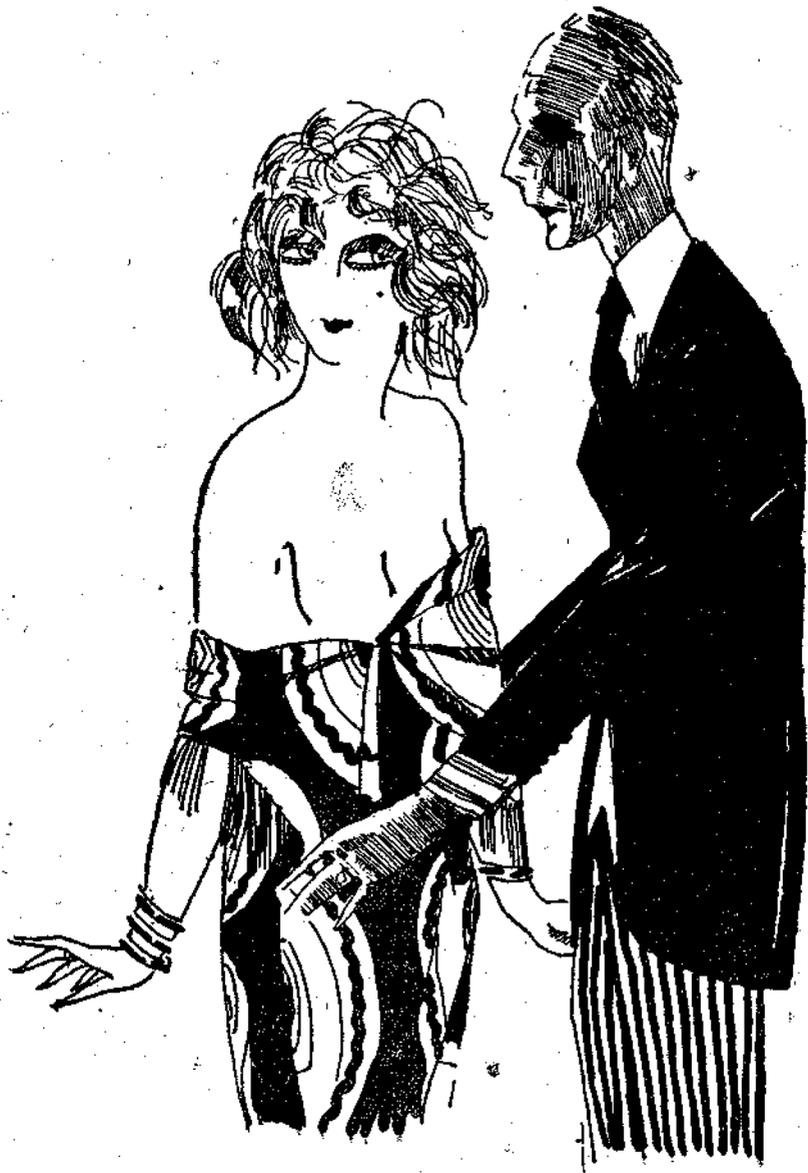
—¿Por qué?

—¿Qué pensaría usted de mí?

—Que además de divina eres buena y amable... ¿Vendrás?

Suplicaba con verdadero empeño; de aquella mujer dependía el resarcirse de su fracaso; el que no fuera inútil y ridículo el cuidado que había puesto en perfilarse y acicalarse para correr aquella aventura en cuyo fondo no había más que un interés galante por una bella mujer.

Insistía sugestionándola con la voz y con la mirada, estrechándola



con apremio, con toda la fuerza de un deseo vehemente, que debía prender en ella.

—Dime que sí, que vendrás... que me dejarás adorarte...

Ella inclinó graciosamente la cabeza y musitó:

—Sí... iré...

III

El remusgo de la mañana dejaba entrar por la ventana abierta un airecillo calentujo, como si desde lo alto del Guadarrama agitasen un ventilador sobre la ciudad medio asfixiada.

Enrique sentía una melancolía infinita que se infiltraba en su médula a favor de la especie de relajación de los tejidos que le producía el ambiente apacible y blando.

Era la hora de las confidencias. Encarnación tenía la manía vulgar de contar sus intimidades en el lecho, en esa hora que sucede a las crisis de amor, a la que siguen ataques de melancolía y de sinceridad.

El tenía observado eso en casi todas las pobres mujeres, de todas las clases sociales, que habían pasado por sus brazos. Eran las pecadoras del placer como las devotas que madrugan para irse a confesar. El sabía oirlas con interés, preguntarles, acariciar los pequeños detalles de sus pobres almas. Quizás por esa piedad de confesar que había en él, por esa ternura con que envolvía el hastío que los otros no se cuidaban de ocultar lo amaban tanto las mujeres, dándose el caso de que él las olvidase por completo y en el espíritu de ellas quedara siempre su recuerdo destacándose en medio de todos.

Aquella noche no había tenido que esperar mucho a Encarnación. Ella acudió vestida con un traje negro y tocada con mantilla de encaje, que la hacía aún más bella y más provocativa.

No era elegante, pero era vistosa, con su falda ceñida que marcaba las curvas rollizas y redondeadas, dejando ver la pierna, de tobi-

llo estrecho, a pesar de la gruesa pantorrilla y el pie en arco, chiquitín y gracioso.

El gran descote y las mangas cortas, no daban distinción. Tomaban en aquella mujer gruesa aspecto de traje de menaje, pero dejaban ver los brazos y el descote de un mármol rosa, pulido y suave que daba una sensación de frescor a la mirada, ofreciéndose como un fruto helado al tacto sediento.



Se fijó en que cuidaba lo primero que aprenden a llevar como supremo *chic* las neófitas de la galantería. La media de seda con el zapatito de alto tacón, las uñas con un barniz muy brillante y la pintura de los labios.

Sin duda la viuda que había sido una casada burguesa empezaba ahora a usar su libertad. Si no era el primero en llegar, era de los primeros.

Tuvo que esforzarse bastante para que consintiera en ir a cenar con él a la Bombilla. Pero luego allí, con la animación del vinillo y

la música le resultó una compañera encantadora. Comía y reía de tan buena gana, que despertaba la alegría y el apetito. Hasta bailaron varios valeses y polkas.

Cuando él le preguntó dónde quería ir, ella contestó decidida:

—A mi casa.

—¿Pero no está allí madame Marques?

—No. Va sólo a recibir a los que cita para ver a la Princesa.

—¿Luego tú sabías?

Encarnación soltó una carcajada.

—Yo lo sé todo... me lee muchas de las cartas que escribe y de las que le contestan. Si no fuera por temor de que te pusieras demasiado vanidoso, te confesaría una cosa.

—¿Qué?

—No.

—Dímelo...

—¿Te has creído que el salir yo a abrirte fué casual?

—¿Cómo?

—Yo sabía quien tú eres... he leído muchas novelas tuyas... te admiro mucho... y cuando supe que ibas a venir, quise conocerte.

Enrique pagó con un abrazo y un beso ruidoso la confesión. Aquello avaloraba su conquista, afirmaba su prestigio de siempre.

—¿Y la has visto después de irme yo?—demandó curioso.

—Sí... le pregunté qué había pasado y me dijo: "Es un hombre encantador, pero se ha impresionado de tal modo que se ha quedado embobado, sin saber qué decir. Sugestionado. Es lo que les pasa a todos los que me ven convertida en Natcha".

En aquella hora de confidencias, Encarna le contaba su historia, que Enrique oía distraído, fingiendo prestarle gran atención. Aquellos hermosos brazos blancos no tenían fuerza para retenerlo más que aquella noche. Probablemente no los volvería a ver, ni recordaría nada de lo que le contaba.

Era la historia de todas las viudas, en el mismo caso. Un marido que llega cuando ellas no tienen idea de lo que es el amor. La tiranía, la brutalización, la mediocridad de una vida sin más horizonte que servirlo como una criada sumisa, sin distracción para su espíritu, sin vida... Y el respiro de la viudez. La sorpresa de hallarse con una libertad de la que no sabía qué hacer.

—Pero tú te has divertido bastante después, no me lo niegues... —dijo Enrique, recordando el *toreo* de la carta.

—No, no creas... No es que yo quiera pasar por santa, pero yo no soy una mujer como las otras. Si he venido contigo esta noche es porque eres tú... porque me gustas.

—Como tú a mí.

—No lo tomes a broma. Yo soy una mujer muy honrada. Jamás me iría con un hombre por interés. Siempre que he tenido un capricho lo he pagado yo...

Enrique no pudo menos de sonreír de la extraña concepción del honor que tenía Encarnación. Se veía que era sincera.

—Sí, créelo. Yo me he pagado mis caprichos. Jamás tomé nada de nadie... y si hubiera tenido la desgracia de estar encinta, hubiera dado a luz y paseado en brazos a mi hijo delante del Palacio Real.

Se enorgullecía de poder ser independiente. Tenía para vivir con modestia. Había alquilado la habitación a Madame Marques, porque la molestaba poco. Vivía en otra casa con otro nombre. Ella la odiaba en el fondo, porque la trataba de un modo despectivo y altanero.

—No sé cómo no la he plantado ya—decía—. Es que me da lástima. Ha sido mucha señora, pero está algo loca y se le han subido los humos de los antepasados a la cabeza. ¿Querrás creer que a lo mejor entra y sale sin saludar? Dice que las de sangre azul no tienen que guardar esos respetos con las de sangre roja.

—¿Pero realmente ha sido una gran señora?

—Sí, riquísima; tenía coches que guiaba ella misma.

—¿Es viuda?

—Sí, y no debe haber sido fea.

—Se conoce.

Despertaron los celos de Encarnación.

—No sé en qué se lo conocerás. Va siempre con el barboquejo puesto para lucir el óvalo y unos hierros en la cabeza que le tiran de las sienes para arriba.

—¿De qué vive?

—La protegen antiguas amistades, pero ella sueña siempre con ser independiente, con hacerse una situación. Se le ha metido en la cabeza que es una artista maravillosa, que le basta con presentarse para triunfar.

—Pobre mujer.

—Ya una vez logró debutar en un cine, como princesa india, con un antifaz.

—¿Y tuvo éxito?

—¡Parece mentira que lo preguntes! ¿Qué éxito iba a tener? Fue preciso que interviniera la policía para librarla de las iras del público defraudado. Le llenaron el camerino de letreros insultantes.

—¿Y qué dice ella?

—Lo atribuye a la envidia.

A pesar del rencor que guardaba a Madame Marques por su engaño, Enrique sentía una gran piedad. Fuese cualquiera su error,



Bradley

él veía siempre a la mujer, al ser más débil, más delicado, expuesto a las groserías y al ludibrio de la multitud, de la concupiscencia de los hombres.

Encarnación seguía contándole cómo la pobre mujer pasaba su vida buscando al artista que se deslumbrase con su belleza y le abriera las puertas de la gloria. Aquel delirio de triunfo y de grandeza la obsesionaba y pasaba los días escribiéndoles a todos los escritores y los políticos jóvenes, ofreciendo a Natcha para presentarse en el teatro.

Le citaba Encarnación nombres de los más conocidos, de sus amigos, de los personajes más conspicuos y serios, de manera que, a pesar de su preocupación, no podía contener la risa.

—Yo he visto las cartas de todos ellos—decía Encarnación—. Ese poeta de la barba espesa está entusiasmado con llevársela a América, le escribe a Madame Marques que la divina Natcha no tiene que preocuparse de nada, él se la lleva en su compañía y se encarga de todo.

—¿Pero ha visto a la Princesa?

—No. Ha visto a Madame Marques sólo. Le cuesta mucho trabajo dejarse ver como Princesa.

—¿Cómo puede creer que no se la conoce después de haberla visto?

—Es su locura. Me dice que ella es artista y el arte la transforma para quitarse treinta años de encima. Me asegura que se pone tan *monísima* con sus vestidos estrambóticos, que yo misma no la conocería. La verdad es que escribiendo tiene talento. Todos pican.

—Sí—pensaba él—, todos pican.

Pero sabía que no picaban seducidos por el talento de las cartas, que ahora, desimpresionado, le parecían de una gran cursilería y de una gran necedad. Picaban por el aliciente de la carne fresca, de la aventura que se les ofrecía. Era el prestigio de la mujer joven y extraordinaria que olfateaban.

Encarnación seguía citándole nombres. Un desfile de novelistas, poetas, periodistas, políticos. Los veía como una procesión de ilusos, llenos de malas pasiones, para perseguir a la muchachita desvalida que les pedía trabajo. ¡No sería él quien los desengañara! No sólo por el amor propio que le obligaba a callar, sino porque los veía como a esos memos que sufren la estafa del *timo del portugués*. Los estafan explotando su deseo de ser ellos los estafadores.

La pobre mujer podía continuar su diversión sin que le faltasen sujetos con quien entretenerse. La vanidad masculina le prestaba ancho campo y era la mejor garantía del secreto. Todos callarían.

Además tenía que confesarse que no estaba mal estudiado el ce-

bo. No ofrecía un plato vulgar, sino un *caviar* delicioso con la princesita rusa, cuyos ojos habían contemplado el horror de las destrucciones y la muerte.

En España, aun blasonando de demócratas, había un instinto aristocrático en el fondo de todos. Los volvía locos el trato de una gran dama o de un gran personaje.

Las novelas en que aparecían aristócratas permitiendo que los horteras entrasen en los salones a través de sus páginas, se agotaban. Prosperaban sociedades presididas por cualquier vizconde o marquesa tronados y de dudosa fama, con tal de poder decir los socios que trataban con aristócratas de más o menos abolengo.

Una princesa, sobre todo una princesa exótica, tendría siempre admiradores en España, casi esclavos. Se le consentiría todo, podría atreverse a todo impunemente.

Lo trágico del caso era que aquella mujer no podía mantener la ilusión que quería dar.

—¿Y los trajes?—preguntó.

Encarnación lanzó una carcajada.

—¿Te has fijado bien? Vas a verlos.

Se tiró de la cama y salió, volviendo a poco con un brazado de trajes. Se la veía gozarse de poner en ridículo a Madame Marques, como si en el fondo hubiera sido su rival.

Un psicólogo como Enrique no podía engañarse. Encarnación tenía celos de la sombra de Natcha.

Enrique acariciaba los vestidos con ese deleite de los grandes amadores de mujer, que creen percibir las palpitaciones y el calor de los cuerpos en las telas de los trajes.

—Aquí estará la túnica de Rasputín—dijo por romper el silencio.

—Sí; y el traje de la Zarina. Míralos.

Le mostraba unas túnicas hechas de pedazos de telas diferentes, con aplicaciones de papel y adornadas con cuentas de colores, que no eran más que macarrones cortados para sopa y teñidos de diversos colores.

—Mira—seguía Encarnación, gozando el malévolo placer de ridiculizar a su rival—. Esta túnica de malla es una toquilla mía de lana. Estaba tan vieja que iba a tirarla, y me la pidió. Mira con qué paciencia ha envuelto sus mallas de papel de talco. Estos largos flecos que comienzan a descascarillarse son fideos teñidos.

Era aquello más fantástico aún de lo que él se había figurado.

Poco a poco, ganada por el entusiasmo de la exhibición, Encarnación olvidaba sus rencores para expresar cierta admiración. Era extraordinaria aquella mujer, haciendo su elegancia de oropeles con tan escasos elementos.



—Ella lo arregla todo. Hace sortijas y diademas con los botones que se encuentra; se fabrica aretes, pulseras y collares con cuentas o con un poco de sopa de pasta; tiene el arte de saber presentar un pingo viejo como un traje de brillantes si no se le examina bien.

A través de aquellos vestidos él veía ahora el espíritu de Madame Marques mejor que lo había visto en la realidad. Se daba cuenta de qué clase de mujer frívola y vana era aquella que sin saber

disfrutar su juventud llegaba a la vejez arruinada, miserable, llena de un ansia insatisfecha y atormentadora.

Quiso apartar de su imaginación aquella figura de pesadilla, y sus ojos pasaron de los oropeles a los bellos brazos que se enarcaban para mostrarle un manto de cretona con brochazos de purpurina...

Rechazó las pobres galas tan trabajosamente compuestas, que cayeron al suelo, fingiendo un rumor de sedas y pedrería, y atrajo hacia sí a la mujer mórbida y blanca.

Quería borrar el mal humor de su decepción pensando en que el desengaño de todos los otros que iban a sucederle en la aventura sería aun más amargo.

El salvaba un poco su figura de eterno don Juan, con aquella granujada. Encarnación era la mujer apetitosa y fresca que buscaban todos en el fondo de la aventura.

Y, sin embargo, a pesar suyo, experimentaba ese disgusto profundo de esas personas que cuentan con la ganancia de un negocio o con el premio de la lotería, y luego, al verse defraudados, se sienten pobres, arruinados, como si en lugar de seguir siendo igual que estaban hubiesen perdido todo lo que poseían.

La belleza de Encarnación no lo recompensaba lo bastante. Era insuficiente para su anhelada parte novelesca, que encontraba en lugar de la mujer, y que en otras ocasiones lo hubiera satisfecho.

La extraña obsesión de Madame Marques, con su tragedia de desdoblarse para crear una personalidad diferente, había puesto en su empeño tanto apasionamiento que, en realidad, había llegado a crear a Natcha. Enrique lo sentía así; a pesar de todo lo sucedido, la imagen de la princesa rusa tenía tal fuerza de verdad, que continuaba viva en su espíritu, produciéndole el vago malestar de todos los anhelos irrealizados.

Carrión de Burgos
Colombine

Suaviza el cutis.

Lo mejor para fricción.

Afechelera. -- Carmen, 10

Una cabellera abundante y con su primitivo color es la mejor diadema que puede lucir la mujer. Usando el agua **La Flor de Oro** tendrás esa cabellera y evitarás su caída, así como la caspa y las canas.—Se vende en perfumerías y droguerías.

Publicaciones de PRENSA POPULAR

MADRID.— CALLE DE CALVO ASENSIO, 3.—APARTAD 8 008

1. Kiriki, Bolcheviki. - 2. Kiriki, Aviador. - 3. Kiriki Canibal. - 4. Kiriki, Rey de fieras. - 5. Kiriki, Aeronauta. - 6. Kiriki, Apache. - 7. Kiriki, Detective. - 8. Kiriki, Raffles. - 9. Kiriki Cow-boy. - 10. Kiriki, Piel roja. - 11. Kiriki, Peacador. - 12. Kiriki, Cazador. - 13. Kiriki, Nadador. - 14. Kiriki, Saltimbanqui. - 15. Kiriki, Boxeador. - 16. Kiriki, Espiritista. - 17. Kiriki, Aladino. - 18. Kiriki, Desengañado.

Colección completa -- Precio: 20 céntimos número

(Suplemento musical de LA NOVELA TEATRAL)

1. José Luis. - 2. Quien te puso Petenera... -

3. El buen ladrón. - 4. ¿Qué tienes, Primavera? - 5. Lo que dice una sonrisa. - 6. La señora del paquetito. - 7. Jama-lajá. - 8. Brindis trágico.

Precio: 60 céntimos número.

REVISTA GALANTE

Sus interesantes e intencionados artículos, donde campea la gracia pícante y el bello estilo, y sus notables dibujos a todo color, hacen de este popularísimo semanario una publicación verdaderamente excepcional.

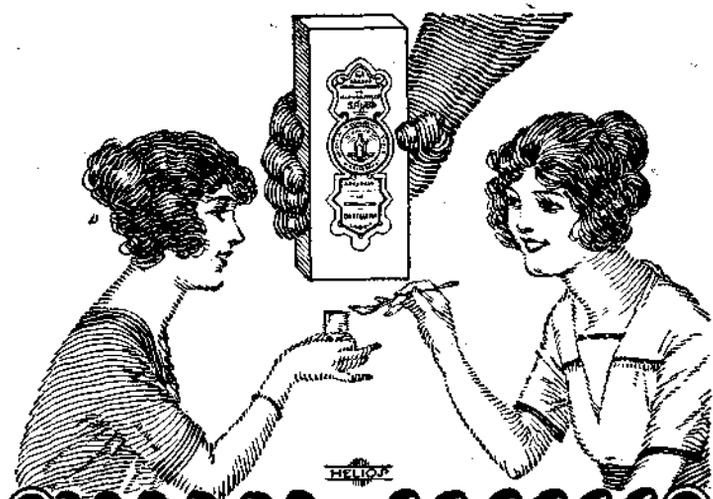
FLIRT es la única Revista galante, que por el prestigio de sus colaboradores artísticos y literales, merece ser leída en España.

Dirijase la correspondencia a PRENSA POPULAR.-Madrid, Calvo Asensio 3.-Apartado 8008

SUSCRIPCIÓN: MADRID, PROVINCIAS Y AMÉRICA, SEMESTRE, 8 PESETAS.-AÑO, 15 PESETAS

LEA USTED FLIRT TODOS LOS JUEVES

30 etc.



Este es

el reconstituyente completo de la mujer débil y anémica. Una cucharada antes de cada comida es suficiente para estimular el apetito y aumentar el peso en pocos días.

Tome usted desde hoy

HIPOFOSFITOS SALUD

32 años de éxito creciente

Único aprobado por la Real Academia de Medicina.

Aviso: Rechace usted todo frasco donde no se lea en la etiqueta exterior **HIPOFOSFITOS SALUD**, impreso con tinta roja.

46